

Simón Rodríguez

El maestro del libertador

Mariano Baptista Gumucio

9

Grupo Editorial
Kipus

COLECCIÓN DE BIOGRAFÍAS BREVES

ÍNDICE

Introducción	9
Un joven maestro se hace cargo de un niño huérfano.....	17
El juramento del Monte Sacro Reencuentro en América	21
“Una cabeza alborotada”	35
“¡Qué mal hizo usted en dejarme...!”	39
El plan de educación popular	47
“Más vale entender a un indio que a Ovidio” Un contemporáneo al que le fue mejor	60
Cronología	77
Galería	87

SIMÓN RODRÍGUEZ

EL MAESTRO DEL LIBERTADOR



INTRODUCCIÓN

Entre los acuciantes problemas que afrontaron los fundadores de las nuevas repúblicas en la América española el de la educación tuvo carácter prioritario y ello estaba de acuerdo tanto con las ideas que habían heredado de la Ilustración, como con la realidad misma que enfrentaban, de pueblos que habían permanecido durante tres siglos en la ignorancia y donde solamente tenían acceso a un nivel superior de conocimientos los hijos de españoles o de los pocos criollos que se habían enriquecido, o los sacerdotes, entre los que se prefería a los de origen peninsular.

Esta semblanza rescata un experimento único, posterior a la independencia y que tuvo su epicentro en Charcas. Fueron sus protagonistas, Simón Bolívar, Antonio José de Sucre y Simón Rodríguez. En ningún otro lugar, ni antes ni después, coincidieron los tres personajes simultáneamente y con el propósito más noble que pueda imaginarse: rescatar a las mayorías de las cadenas de la opresión, el vasallaje y la incultura, para convertirlas en protagonistas de su propia historia, ciudadanos útiles y responsables de las nuevas

sociedades democráticas, donde la arbitrariedad del rey o sus representantes fuera sustituida por la voluntad popular.

Dos de ellos, Bolívar y Rodríguez, fueron cosmopolitas. El primero tuvo oportunidad de viajar a Europa tres veces, permaneciendo casi siete años en el viejo mundo y conoció también Estados Unidos de América y México; el segundo dejó su nativa Caracas muy joven, en 1797, para viajar a Estados Unidos donde ofició de tipógrafo en Baltimore y luego a Europa, para volver a América 27 años después, con un bagaje impresionante de experiencias y conocimientos, pues conoció a los primeros socialistas en Francia, la industria química en Viena y las experiencias educativas de Joseph Lancaster en Inglaterra que, a diferencia de Bolívar, no le impresionaron mucho, pues sostenía que el método impuesto por este cuáquero, de que un alumno transmitiera a otros lo que había aprendido, servía apenas para que ramonearan versículos de la Biblia, pero no para despertarles la curiosidad y formarles el carácter. También había ejercido diversos oficios en Turquía, Rusia, Italia y Alemania y se consideraba discípulo de Rosseau y de Infatine. Del primero, heredó el culto por la naturaleza y por ende el cuidado del medio ambiente. Su preocupación por que los niños se familiarizaran con el trabajo manual, no se basaba

solamente en el deseo de desarrollar su físico, sino de introducirlos al manejo de la tierra, la madera y el hierro para convertirlos en pequeños empresarios. El norteamericano John Dewey no conoció las ideas de Rodríguez, pero, sin duda, se habría sentido un heredero de su pensamiento.

Usando el seudónimo de Samuel Robinson (por el personaje de Defoe, sobreviviendo, por su ingenio y coraje, en una isla desierta), fue uno de los pocos criollos capaz no sólo de dominar varias lenguas sino de acumular en Europa, con su trabajo, una pequeña fortuna, que de igual modo dilapidó antes de volver a América.

Sucre no tuvo la misma suerte ya que a sus trece años, en 1808, se trasladó de Cumaná a Caracas para seguir estudios de ingeniería militar que no concluyó, pues dos años después se hallaba de retorno a su ciudad natal como cadete de la compañía de húsares. Desde entonces hasta su asesinato en Berruecos, en 1830, se vio envuelto en el turbiÓN revolucionario, convirtiéndose por fuerza de las circunstancias y por su propio valor y talento, en miembro del Estado Mayor del Ejército de Miranda a los 17 años, Teniente Coronel a los 18, gobernador de la antigua Guyana a los 22, General del ejército de la independencia a los 24 y Presidente de Bolivia a los 30. Este autodidacta

que apenas había asimilado algunos conocimientos de ingeniería, brilló, sin embargo, como estratega, guerrero, diplomático y estadista, realizando en Bolivia el gobierno más liberal y constructivo de que el país tenga memoria.

Sin embargo, desde Chuquisaca le escribe a Bolívar en marzo de 1826: “Después de meditar mucho sobre lo que debo hacer me parece que lo mejor es que usted me permita ir a Europa a viajar e instruirme por dos o tres años, en que estudiaré mucho y volveré el año 29 (en que usted será reelegido Presidente de Colombia) para trabajar mucho, mucho por nuestro país al lado de usted. Ahora estoy cierto que mi inexperiencia va a desacreditarme aquí. Yo no haría ni este viaje a Europa que proyecto sino fuera por el deseo de volver a servir al lado de usted, pues de otro modo desde ahora mismo me iría a mi vida privada que es el objeto de mi vehemente deseo”.

Bien podría Stefan Zweig haber incorporado entre sus “momentos estelares” de la historia, el que protagonizaron nuestros tres personajes el 26 de octubre de 1825 en Potosí, cuando acompañados por la misión diplomática argentina y lo más granado del Estado Mayor del Ejército Colombiano, subieron al Cerro Rico con las banderas desplegadas en la cumbre, de Colombia, Perú, Argentina y Chile. Podría decirse que para Bolívar, ese fue el día más

glorioso, pues “saltaba de contento como un niño, de risco en risco, envuelto en su bandera y tarareando aires triunfales, haciendo coro a la banda de un regimiento que tocaba la marcha de Junín y al repique de las campanas que subía desde la ciudad”.

El “árbitro de los destinos del continente”, como dijera el historiador argentino Bartolomé Mitre, concluido el almuerzo, hizo un recuento de la larga guerra, de sus amigos y compañeros caídos en tantos combates, de sus rivales españoles y también de los criollos que ya empezaban a cobrarle el precio de sus presuntos o reales sacrificios a la causa independentista. Culminó Bolívar dirigiéndose a los comensales con un discurso arrebatado de emoción, que concluyó con estas palabras: “Venimos venciendo desde las costas del Atlántico y en quince años de una lucha de gigantes hemos derrocado el edificio de la tiranía, formado tranquilamente en tres siglos de usurpación y de violencia. Las míseras reliquias de los señores de este mundo estaban destinadas a la más degradante esclavitud ¡Cuánto no debe ser nuestro gozo al ver tantos millones de hombres restituidos a sus derechos por nuestra perseverancia y nuestro esfuerzo! En cuanto a mí, de pie sobre este mole de plata, que se llama Potosí y cuyas venas riquísimas fueron trescientos años el erario de España, yo estimo en nada esta opulencia cuando lo comparo con la gloria

de haber traído victorioso el estandarte de la libertad, desde las playas ardientes del Orinoco para fijarlo aquí, en el pico de esta montaña, cuyo seno es el asombro y la envidia del universo”.

Ninguna de las reformas propiciadas por Bolívar y Sucre y en alguna medida proyectadas por Rodríguez, tuvo mayor alcance que la que llevaron a cabo en el campo educativo. Con escasos recursos, sin acudir a créditos externos y valiéndose de las personas e instituciones con las que contaban los países recién liberados, desmontaron el edificio del oscurantismo que había reinado por siglos, sembrando en todas partes, no sólo escuelas de primeras letras sino también colegios, talleres y universidades que contribuyeran a la transformación de los súbditos del rey en ciudadanos de las nuevas repúblicas. Esa obra pedagógica avanzó paralelamente a los ejércitos de la libertad, desde los llanos de Venezuela hasta la altiplanicie de Bolivia, pero en ningún lugar tuvo mayor expresión y más hondo contenido que en la antigua capital de la Real Audiencia de Charcas, como podrá ver el lector en las páginas siguientes.

La visita de Bolívar a Potosí y su permanencia por pocos meses en Chuquisaca, representaron el punto más alto de su carrera política. Desde su retorno a Lima no experimentaría más que disgustos, decepciones y la traición de sus antiguos subordinados que aspiraban a

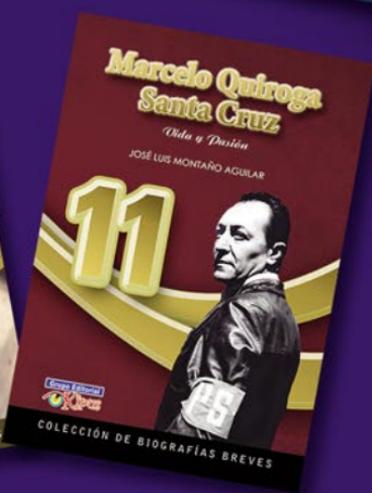
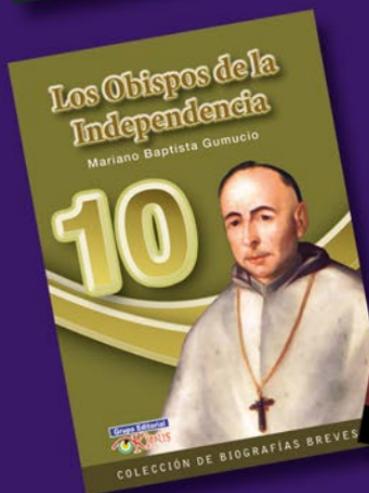
un puesto propio bajo el Sol. De las palabras que le dictó la amargura rescatemos éstas que dirigió en mayo de 1828, al Gral. Pedro Briceño Méndez, cuando se realizaba en Colombia la convención de Ocaña:

Yo considero al nuevo Mundo como un medio globo que se ha vuelto loco y cuyos habitantes se hallasen atacados de frenesí y que, para contener ese flotamiento de delirios y atentados, se coloca en el medio, a un loquero con un libro en la mano para que les haga entender su deber. En julio de 1830, producida ya la separación de Colombia y Venezuela, cuyo congreso amenaza romper relaciones con la primera mientras el Libertador permanezca en ese país, Bolívar recibe la noticia del asesinato de Sucre, a quien consideraba como el hijo que no le dio la naturaleza. Después de una penosa travesía por el río Magdalena desde Bogotá, Bolívar llega a Santa Marta con la esperanza de exiliarse en Europa pero rápidamente su salud se deteriora por lo que dicta su testamento, llamando a la unión de los americanos y fallece el 17 de diciembre de 1830, a sus 47 años. Muere con él, el ideal de la integración americana.

M.B.G.

2013

Si usted desea conocer la Historia y Cultura de Bolivia eunte en su biblioteca con esta colección de biografías breves de quienes formaron el país.



ISBN: 978-99974-66-95-2

